

Satanología: Hacia un Enfoque Bahá'í

Por Badir Villar

De acuerdo a la metafísica islámica shaytan (Satán) no es como en el cristianismo el contrincante de Dios sino el enemigo del hombre porque Dios es Omnipotente y Satán sólo es una criatura de limitado poder, inferior incluso a la determinación del hombre por obedecer la Voluntad de Dios. Shaytan es tan solo un tentador de los hombres. En tal sentido podemos hallar un paralelo con el Satán del Antiguo Testamento, donde es mencionado solo en tres libros y no como un oponente de Dios sino como un siervo y agente del Supremo.

Según Muhammad Iqbal, lo demoníaco no es más que la ilusión de la multiplicidad que como un velo impide ver la unidad existencial, el tawhid del Único. Esto nos remonta al concepto budista de Mara, el demonio de las ilusiones que incluso habita en cada persona y produce una ilusión de separación en la propia mente.

Ahora bien, a diferencia de la metafísica islámica, la Fe bahá'í despliega un saber metafísico más sutil al revelar que satán no es ningún ente sino que lo identifica con el 'ego' al cual Shoghi Effendi se refirió en más de una ocasión como 'la herencia oscura y animal que tenemos todos los seres humanos' - salvo aquellas Almas preexistentes que son las Manifestaciones de Dios. Shoghi Effendi no usa el término ego en términos freudianos ni jungianos sino que los define como un epifenómeno potencialmente destructivo sobre el que debemos mantener vigilancia y aprender a poner bajo el control del alma consciente. Lo más parecido a la descripción del 'ego' en el psicoanálisis es el 'Id', ese mar tumultuoso de emociones que duerme en nuestro inconsciente. Es curioso que uno de los términos más frecuentes para referirse al 'ego' en los Escritos bahá'ís árabes es 'nafs', que puede traducirse como identidad, mismidad pero también como deseos. Los deseos, a diferencia de los instintos propios de los animales que son mecánicos, son ilimitados y con facilidad nos hacen víctima de nuestras propias inclinaciones corruptas... no hay límite para el deseo de poder, de placer, de riqueza, etc.

Bahá'u'lláh abolió la Jihad al-Sayf, la Guerra Santa por la espada o fuerza externa que todavía se prescribió en la Dispensación bábí, pero la Bendita Belleza nos insta a una cruzada interminable para el Jihad al-Nafs, la guerra contra el 'insistente yo'. Como lo entiendo de mi lectura de los Escritos así como por mi propia experiencia, el 'yo' (an-nafs) no debe ser reprimido - salvo situaciones límite, sino que debe ser vigilado, comprendido e incluso consentido ocasionalmente. Debemos mantener a raya nuestro 'ego' y como si fuéramos un

domador tenerlo como a un león, vigilarlo siempre, tratando de comprender sus necesidades y malestares pero siempre con mirada atenta para no ser engañados porque así empieza el 'ego' a actuar engañándonos con ilusiones y medias-verdades, sus zarpazos iniciales son por lo general más bien sutiles que violentos, sobre todo para quienes siguen la vía mística.

La satanología en un marco metafísico bahá'í solo tiene lugar en la antropología, en el ser del hombre que enfrenta en desafío de crecer espiritualmente viviendo en un mundo donde todas las cosas e incluso sus propias fantasías los llevan a apegarse a cosas transitorias y hacerse olvidadizo o negligente sobre su propio destino perdiendo así la oportunidad que tiene en esta vida.

El relato coránico sobre la rebelión de Iblís (que no consta en la Biblia) nos trae un significado variadamente rico sobre el fracaso del propio hombre, del clero orgulloso que se resiste a rendirse ante la Manifestación de Dios que se presenta como un joven carpintero o un comerciante sin preparación en las madrazas. Es como señaló el Imám 'Alí, la primera experiencia del fanatismo, del rechazo ciego y soberbio de reconocer a la Manifestación de Dios por aparecer en la forma de un hombre. Sobre esto también se quejó Krishna ante Arjuna en el Bhagavad-Gita.

Bahá'u'lláh también nos advierte de los satánicos velos del 'yo', que no son otra cosa que las ociosas fantasías y vanas imaginaciones que como cantos de sirena apartan al hombre de su verdadera morada eterna.
